

Federico Gana, González Bastías, Amanda Labarca, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Ernesto Montenegro, Manuel Rojas y Vicente Pérez Rosales son las figuras que completan este panorama de *Algunos*.

A Manuel Rojas le dedica un meticuloso balance de rasgos vivos, recogidos, como quien dice, al pasar. De esa forma, el lector asiste, paso a paso, a la formación cabal del gran escritor. Dice González Vera que las novelas y cuentos de Rojas se adueñan de quien los lee. Merecido elogio.

Y se pregunta, al parecer, dubitativo: “¿Cuál es la virtud que impulsa a leerlos como si fueran cantos de optimismo?”

Su propia respuesta es una síntesis de doctrina estética.

VICENTE MENGOD.



*Poesía menor*, de OSCAR ACOSTA.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

1 vol., de 62 págs., 25 × 18 cm.

LOS POETAS JÓVENES de Honduras, conocidos en esta parte de América, no son muchos. Quizá el lector recuerde el nombre de Jaime Fontana, cuyo *Color naval*, editado hace unos tres años en Buenos Aires, diera algo que hablar a la crítica. El de Oscar Acosta es conocido en el Perú, en donde estuvo un tiempo sirviendo la Secretaría de la Embajada hondureña. Ahora, desde Tegucigalpa, en la tierra del sabio José Cecilio del Valle, Acosta nos hace llegar un breve libro: *Poesía menor*. Lo integran unos veinticinco poemas de corta extensión, a través de los cuales se advierte la madurez lírica ya lograda por el autor.

Oscar Acosta nació en 1933, en la capital hondureña. Pertenece, así, a la última generación de poetas centroamericanos. Su voz, no obstante, parece desligada de modas y corrientes: siendo una voz moderna, se encuentra más allá de las disonancias de fondo y de forma, de las agresividades y torturas con que un gran número de jóvenes trabaja su material poético. Es una voz limpia. Limpia de consignas y de retoricismos. Humana, bondadosa y comunicativa.

Sus hallazgos parecen a ratos un poco intelectuales, mas si advertimos su trasfondo, llegamos a la conclusión de que son solamente naturales en quien la vivencia inmediata, desde la infancia, estuvo configurada por elementos contemporáneos. Tal ocurre, por ejemplo, en el poema *El teléfono*, que reza:

Suena el teléfono y tiembla su cuerpo desnudo. Viene tu voz amada atravesando mares y países, lejanías y olvidos, hasta llegar a mi, a nuestra habitación, empobrecida por el recuerdo, alegrando las hojas del jardín, tocando las páginas, de tus libros dorados, limpiando el rocío acumulado en los cristales y transformando por una gracia tuya, el aparato telefónico en una rumorosa flor.

Nosotros no llamaríamos a esto *Poesía menor*. Es, simplemente, poesía. De la auténtica. Lo que resulta menor, es el tono. Un tono asordinado, íntimo, que campea a través de casi todas las páginas, y que sólo asciende a determinadas sonoridades en los cantos finales, muy hermosos, por cierto, con que el poeta canta los pinos de su tierra y el concepto elemental, entrañable, de una patria lejana.

La poesía de Oscar Acosta entra, por derecho propio, en la riqueza auténtica de la lírica centroamericana. Acosta es, actualmente, Director de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, y su apartado postal, en Tegucigalpa, es el N. 408.

HUGO LINDO.



*Altasombra*, por JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.  
Ministerio de Cultura. Departamento  
Editorial. San Salvador, El Salvador,  
C. A., 1958. 170 págs., de 21 × 15 cm.

EL DEPARTAMENTO EDITORIAL del Ministerio de Cultura de la República de El Salvador, cuyas ediciones ya han logrado justo prestigio en América, rinde ahora un conmovedor homenaje a la poesía chilena, en la persona de nuestro Embajador en aquel país, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, al publicar su libro *Altasombra*.

La presentación de la obra, dentro de la *Colección poesía*, no deja nada que desear. Excelente papel, buenos tipos de imprenta, texto cuidado y buen gusto general.

El poeta de la conocidísima "Canción" presenta aquí casi cuarenta cantos de muy delicada tesitura. Como bien se indica en las palabras iniciales, él